

LA SOPA

JOSHUA CLOVER

TRADUCCIÓN A CARGO DE MARIO AGUIRIANO

Pensemos en los tenedores. Los tenedores no tienen nada particularmente malo. Son simplemente tenedores, tienen tres o cuatro puntas, son anchos y robustos o largos y estrechos. En cada etapa histórica suceden muchas cosas, y se desencadenan dinámicas que acaban por organizar... la cena. Algunas son impuestas por la fuerza, otras provienen de eras pasadas y alcanzan una cierta unidad atravesada por tensiones internas, y esta nueva disposición de todas ellas transforma el mundo de acuerdo con sus tendencias inmanentes. Llamamos a este movimiento Historia, y sigue sucediendo hora tras hora, año tras año, los grandes acontecimientos emergen para después caer en el olvido, las coyunturas van y vuelven, la condiciones cambian y una noche llegas a casa a comer, estás cansado y hambriento, de hecho estás muriéndote de hambre, te sientas en la cocina, la mesa está puesta ante ti y ahí la

tienes: sopa. Y solo ahí puedes comprender del todo las limitaciones de los tenedores.

La socialdemocracia (siempre y cuando podamos seguir llamándola así sin resolver los eternos debates sobre el sentido exacto del término: personalmente creo que sí) puede ser buena para ciertas cosas, en ciertas situaciones. En otras es peor que inútil. Esta no es una cuestión de su naturaleza interna, sino que depende de las condiciones históricas.

Existen dos argumentos en favor de la socialdemocracia. Incluso las más aviesas defensas del así llamado capitalismo de libre mercado colapsan ante la falta de crecimiento sistémico, un sistema estable de precios capaz de determinar la distribución del capital, y una marea económica ascendente presuntamente capaz de levantar todos los barcos. Es en este contexto donde la visión socialdemócrata parece resultar más útil. La centralización de la producción y distribución de bienes útiles en el seno de un estado controlado por aquellos que producen la riqueza de la sociedad—esto es, la planificación—ofrece un mecanismo de asignación bastante eficaz. La producción capitalista sin capitalistas, y por lo tanto eficiente e igualitaria: tal es su promesa. Sin embargo, esto no se ha realizado en la práctica. En el plano histórico, rara vez los regímenes socialdemócratas han podido hacer efectiva la asignación y control de sus propios recursos en una economía autosuficiente. Han confiado regularmente en la abierta o velada transferencia de recursos y trabajo desde las colonias y periferias para asegurarse su subsistencia. Esto ha dejado más que maltrecha la promesa de una economía estatalmente regulada—centrada en los trabajadores y capaz de reproducirse de forma relativamente igualitaria. En cualquier caso, este es uno de los argumentos a favor de la socialdemocracia: es un sistema pragmático de regulación para un capitalismo con bajas tasas de crecimiento.

El segundo argumento es el siguiente. La socialdemocracia es una etapa en el largo proceso de construcción de un

poder de clase, un momento mediador entre el capitalismo y ese estadio superior del socialismo que llamamos comunismo. En este estadio la clase trabajadora podría consolidar sus incipientes victorias, tomar conciencia de sus propios intereses y poder de clase, y comprometerse a desarrollar aún más todo lo anterior con vistas a su propia autorrealización y, si todas las promesas se cumplen, su autoabolición. De hecho, la socialdemocracia no es la encrucijada en la que podría darse el tránsito hacia la libertad. Es simplemente la forma de ese movimiento efectivo, vista en un momento concreto caracterizado por la confrontación inconclusa entre facciones sociales en lucha.

En este punto debemos subrayar algunas cuestiones sobre estas dos virtudes. La primera es que son incompatibles. No pretendo ennoblecerlas sugiriendo que forman una contradicción y por lo tanto expresan el movimiento real de la dialéctica. No pueden alcanzar una síntesis. Simplemente no coinciden.

En mi presentación, las dos virtudes aparecen en un orden incorrecto. La segunda viene primero: se presenta en la ascensión del capitalismo al comunismo. Pero siempre dependió de circunstancias históricas dadas: una fracción ascendente y unida de trabajadores industriales crecientemente capaz de producir los bienes necesarios para la reproducción social y empujada por las necesidades de esa producción a organizarse en un todo unitario que pudiera proveer de dirección a la masa de trabajadores. Es, en los términos más crudos, un fenómeno ligado al crecimiento —una característica de la fase ascendente del arco de la acumulación, cuando el valor crece junto con la productividad. Pero como Marx señaló cuidadosamente, esta situación *es* la contradicción real (la “contradicción en movimiento” como la llamara en los *Grundrisse*). Tanto si uno utiliza la teoría del valor más rigurosamente marxiana o los resultados empíricos de los historiadores del comercio descubre que la fase expansionista guiada por la producción industrial llega a su fin. Y si uno no se ha librado del capitalis-

mo, sino que se mantiene dentro de sus estrechos márgenes, la era del movimiento obrero histórico se desvanecerá cuando la economía comience a descender el arco de la acumulación. Esto no pretende ser una forma de despreciar las legítimas luchas de los trabajadores del presente, ni de sugerir que no deberían tratar de conseguir mejoras, o de alzarse contra las burocracias sindicales. Es simplemente la constatación de que en estas condiciones el argumento según el cual la socialdemocracia sería un estadio en la transición del capitalismo al comunismo se evapora.

Las mismas condiciones históricas que socavan el movimiento obrero son las que impulsan la *desacumulación* y dan lugar, por lo tanto, a los argumentos en favor de una gestión más humana de un capitalismo sin crecimiento. En nuestros días la productividad es suficientemente alta como para que las necesidades sociales puedan ser satisfechas en una economía que está lejos del pleno empleo; el único límite manifiesto es la ley social que nos obliga a acceder a un salario si queremos comer; esto es, la existencia de la propiedad privada. La socialdemocracia es, en el mejor de los casos, la adecuación de esta ley a las circunstancias, un contrapeso parcial. En sus países de origen, implica aliviar tanto la miseria del trabajo como la miseria del no-trabajo, incluso cuando acepta ambas miserias y ya no ofrece como solía la promesa de su superación. Es una solución cuantitativa a un problema cualitativo. A estas alturas todo esto es de sobra sabido y lo que queda es un debate mortecino sobre si mitigar y preservar simultáneamente los estragos del capitalismo es mejor que nada. No pretendo entrar en este debate —solo espero haber demostrado que los dos argumentos en favor de la socialdemocracia (y creo que solo existen estos dos, aunque a veces aparezcan con ropajes más lustrosos) no pueden sostenerse a la vez. Cada individuo estará constreñido por la realidad histórica a optar por uno u otro.

Sin embargo, hay otra cuestión que debemos tener en cuenta si pretendemos tomarnos en serio las referencias a la realidad histórica. La última socialdemocracia a la que nos

hemos referido, la socialdemocracia de la desacumulación, es, por razones ya expuestas, una socialdemocracia débil. No posee el poder que otorga marchar al ritmo de la historia, sino solo la debilidad del capitalismo al que sirve como adjunto, encargado de modular sus tendencias. Carece por definición de los recursos necesarios para llevar a cabo transformaciones dramáticas. No obstante, es esta necesidad la que lo confronta inmediatamente. Porque las mismas condiciones que han socavado la acumulación y el correspondiente poder del movimiento obrero —altos niveles de productividad, el dominio del capital constante sobre el capital variable, la demanda voraz de productos naturales— han traído consigo al menos una cosa: la catastrófica devastación ecológica.

Esta condición, la condición de posibilidad de una socialdemocracia de la desacumulación, es una que la socialdemocracia es incapaz de deshacer a la velocidad que nuestra propia supervivencia requiere. En nuestra era la socialdemocracia pervive como una técnica de gestión, no como un poder social. A su vez, es evidente que la producción capitalista no debe ser gestionada sino superada si cualquier otra forma de socialidad ha de pervivir. Y es en este punto cuando uno reconoce que la socialdemocracia es un tenedor y nosotros nos encontramos ante un plato de sopa²²⁶.

226. N. del T.: El original de Clover acaba con un juego de palabras francamente intraducible: "and we are in the soup", expresión coloquial que indica estar en problemas.